

EL OCASO DEL ÁGUILA

EL JUEGO DE LA SILLA I

PEDRO J.
FERNÁNDEZ

Yo veo que todo es una maldita repetición.

Federico García Lorca, *La casa de Bernarda Alba*

Prólogo

Porfirio Díaz se levantó en armas dos veces antes de ser presidente, una contra Benito Juárez (con el Plan de la Noria) y otra contra Sebastián Lerdo de Tejada (con el Plan de Tuxtepec). Su bandera de lucha fue “Sufragio efectivo, no reelección” y su profecía hacia la presidencia fue “que ningún ciudadano se imponga y perpetúe en el poder y ésta será la última revolución”.

Cuando asumió la presidencia en 1876, tomó control de la vida pública y política en México.

A lo largo de treinta y cuatro años, decidió qué hombres debían ocupar los puestos en cada una de las gubernaturas y en el Congreso. Floreció la industria mientras la libertad y la democracia desaparecían. A los periodistas que escribían en contra del gobierno se les encarcelaba, como les sucedió a los hermanos Enrique y Ricardo Flores Magón en varias ocasiones durante la primera década del siglo y después de colgar una manta frente a su periódico, con la frase “la constitución ha muerto”.

En 1907, cuando los trabajadores de Río Blanco se declararon en huelga para luchar por sus derechos laborales, soldados mexicanos dispararon contra ellos para guardar la calma y restablecer el orden. Un año antes, *rangers* norteamericanos cruzaron la frontera para contener una rebelión obrera en Cananea, Sonora. La represión del gobierno se volvió un asunto cotidiano.

El mundo vivía en una crisis económica que afectaba a todos.

Crecía el descontento y la presión política. Porfirio Díaz envejecía en la silla presidencial como si fuera su trono. Sus amigos y miembros del Gabinete también lo hacían con él.

La generación que aplaudió su llegada al poder en 1876, ya no era la que regía la vida en México. Con el nuevo siglo llegaron ideas frescas de todo el mundo, de nuevas formas de crear piezas de arte, de trabajar y de hacer política.

Nuestro relato comienza en los meses finales de aquella década que habría de definir el rumbo del país por un siglo: sobre aquel primer reclamo de libertad y democracia.

PRIMERA PARTE

Paz y progreso

1

La sesión espiritista

Era una noche perfecta para invocar a los muertos.

El viento frío se movía entre las ramas desnudas, y entraba por una de las ventanas del despacho. Un viejo reloj colgaba de la pared, habían pasado algunos minutos de la medianoche, y el silencio habría inundado la sobria estancia de no ser por el vaivén del péndulo que marcaba los segundos implacables.

Sentado frente a un escritorio de caoba, Francisco Ignacio Madero llevaba un largo rato contemplando la llama pequeña de una lámpara de aceite. Apenas si alcanzaba a iluminar la noche sin luna. El brillo espectral parecía hipnotizarlo, ya que él se mantenía quieto y casi sin parpadear. En su mente, llamaba a los espíritus desencarnados para que le dieran algún consejo o mensaje sobre el porvenir de la patria o sobre cómo debía actuar ante el clima político que enrarecía a todo el país.

Iniciaba el otoño de 1909.

Cuando la llama detuvo su baile por unos segundos, Francisco acercó un papel blanco sin usar. Mojó la

punta de su pluma en el bote de tinta y cerró los ojos. Quedó sumergido en un trance profundo donde apretaba los labios y de su garganta provenían sonidos graves, poco característicos en él. Al contacto de la pluma con el papel, sintió cómo se movía en un baile diferente, sin comprensión alguna. Le daba la impresión de trazar muchos círculos, porque ése era el movimiento que hacía la muñeca en aquel ejercicio de escritura automática. Para él, en su fuero interno, el viento frío venía cargado de presencias invisibles, de conciencias de ultratumba que lo guiaban en el despertar de la conciencia universal y lo rodeaban: entraban en su cuerpo, le suspiraban palabras secretas al oído de forma que sólo su alma pudiera escucharlas.¹

Al terminar, dejó caer la pluma.

—Agradezco la guía espiritual en este tiempo de incertidumbre, en los que se necesita una chispa de luz que ilumine el oscuro sendero que atravesamos —surró sin abrir los ojos, en un hilo de voz apenas perceptible. Su voz normal era aguda, pequeña, pero presente. Sí, las presencias sin materia lo habían dejado solo.

Al abrir los ojos, volvió al mundo. La llama seguía ahí, el aire que entraba por la ventana se percibía húmedo. Lo esperaba un amanecer lluvioso y unos días

1 El espiritismo fue una doctrina popular a finales del siglo XIX e inicios del siglo XX que propagaba la idea de la inmortalidad del alma y de la relación que los espíritus tenían con los hombres para cambiar el destino de la humanidad. Algunos de estos espíritus pertenecían a personas vivas o a maestros de otros tiempos, mientras que otros esperaban el momento correcto para encarnar.

de mucho lodo en la hacienda. A lo lejos, comenzó el canto nocturno de los grillos.

Escuchó que llamaban a la puerta y se sobresaltó. Le tomó algunos segundos reponerse del susto. Por un momento pensó en los espíritus, pero ellos no llamaban a la puerta, o al menos nunca lo habían hecho.

—Adelante —dijo, mientras levantaba el papel que tenía frente a él.

Una mujer pequeña de rostro ovalado, portando un vestido negro, entró a la habitación. Llevaba una charola sobre la cual descansaba una tetera de cerámica y dos tazas. Parecía flotar con cada uno de sus pasos. Francisco trataba de descifrar las palabras del papel.

—¿Hiciste contacto de nuevo, Pancho? —preguntó Sara mientras servía el té.

—El espíritu de Pablo estuvo aquí, lo reconozco por la letra, y me mandó un mensaje importante.

—¿El de Pablo como en Benito Pablo Juárez o el de Pablo² como el de tu hermanito muerto?

Francisco le sonrió con ternura a la mujer con la que compartía su vida.

—Siempre dices entender mis locuras y, sin embargo, cuando preguntas hay algo de escepticismo en tu voz. ¿No comprendes que hace un año los espíritus me guiaron a escribir *La sucesión presidencial en 1910*?³

2 Hay una controversia sobre si el espíritu con el que contactaba Francisco I. Madero era el de su hermano muerto en la niñez o el de Benito Juárez, quien lo instaba a seguir adelante con su lucha democrática.

3 Escrito y publicado en 1908, *La sucesión presidencial en 1910* causó un gran impacto en la sociedad mexicana. En él, Francisco I. Madero reconocía los triunfos políticos y militares de Porfirio Díaz, conde-

Me ayudaron cuando quise ser candidato para la gubernatura de Coahuila y también me consolaron cuando perdí. Ellos me dijeron que necesitaba ayudar a que México cambiara. Lo repiten todo el tiempo, así que debe de ser verdad.

Colocando una taza de una infusión herbal frente a él, le respondió:

—Si tú lo crees, yo lo creo también. Tus espíritus te han traído a este momento y te llevarán más lejos aún. De eso estoy segura. Ahora, dime, ¿quién te habló?

Aún descifrando el mensaje que tenía frente a él, Francisco respondió casi como un autómata:

—No me escribió Juárez, sino mi hermano. Ay, mi Pablo que murió tan joven y que me protege desde el más allá. Ya te dije, él me ha guiado para ser candidato a la gubernatura y para muchas otras cosas, pero a don Porfirio no le gustó ninguna de ellas. Sólo acepta los candidatos que elige él y que le conviene tener en puestos políticos clave. Pablo me enseñará el siguiente paso a su debido tiempo, él ve mucho más que nosotros y nos cuidará de cualquier mal. Ten un poco de fe. Mira, incluso ahora me quiere decir algo de lo que va a acontecer.

Francisco le dio el papel a Sara, y ella, entre círculos y garabatos de la tinta, leyó unas palabras pequeñas, como si de arañas se tratara:

naba los excesos del poder y le recomendaba que dejara su puesto para que su legado no se perdiera. Fue una obra única en su tipo.

En la silla una maldición yace,
hasta que el último caudillo fallezca.
Con su muerte, la paz renacerá,
y México al fin su albor verá.

Sara buscó en su interior algún significado oculto.

—¿Crees que el último caudillo hable de Porfirio Díaz? Aunque lleva más de treinta años como presidente, alguna vez fue un caudillo militar. Allá por la Guerra de Reforma y los tiempos del Segundo Imperio. ¿Cuántos años tiene ya de vida el señor?

—El próximo septiembre cumplirá ochenta años —le aclaró Francisco con pesar—, ya no es tan fuerte como antes, dicen que en privado usa bastón y que los médicos lo revisan frecuentemente para asegurar su salud. No vaya a ser como hace nueve o diez años que todos andaban preocupados por la enfermedad de Díaz, que hasta cerraron negocios y la bolsa de valores⁴ cuando él estuvo en cama. ¿Te acuerdas?

Ella soltó un largo silbido y bebió un poco más.

—¡Ochenta años! Si Dios quiere que vivamos tanto como él, yo sólo espero llegar con buena salud. Bueno, como te decía, Pancho, aunque lleve más de treinta años como presidente, alguna vez fue un caudillo militar. Tal vez lo que Pablo quiere decirte es que México tendrá paz cuando la naturaleza siga su curso y Porfirio Díaz llegue a la tumba. Cuando él muera, la política en México deberá tomar otro rumbo y las nue-

4 Con sede en la Calle de Plateros n.º 9 (actual calle de Madero), en el Centro Histórico de la Ciudad de México.

vas generaciones podrán hacer política. No habrá de otra, ¿verdad? No puede gobernar más allá de la muerte. Ni siquiera él es capaz.

—Tal vez... —respondió Francisco, con la mirada perdida en la llama de la lámpara; no parecía convencido de sus palabras, más bien decepcionado.

Los esposos estaban cubiertos de sombras y sus facciones eran delineadas sutilmente por la luz de la llama que apenas los salpicaba. Sara bebió un poco más de té; la taza de Francisco permaneció llena. Un largo silencio incómodo se instaló entre ellos.

—¿Prefieres que te traiga algo más de beber? —preguntó ella, para romper el silencio.

Él negó con la cabeza, tomó el papel y lo acercó a la llama para ver si entre los garabatos encontraba otro mensaje, pero no lo hizo.

—Estoy cansado, Sara. Muy cansado. Me duelen los ojos de estar aquí, todas las noches, buscando comprensión a lo que vive nuestro país. Es como si algo se acercara, un cambio de rumbo, una hecatombe que le abrirá los ojos a todos los mexicanos. Si después de las declaraciones⁵ que hizo Porfirio Díaz vuelve a contender para la presidencia, algo cambiará. Estoy seguro. Yo pensé que con el nuevo siglo llegaría un amanecer de la conciencia, que comprenderíamos que el amor

5 En noviembre de 1907, Porfirio Díaz declaró, ante el periodista estadounidense James Creelman, que se retiraría al terminar su actual periodo de gobierno y que permitiría los partidos políticos de oposición. Dichas palabras se publicaron en México durante marzo de 1908. Varias personas, entre ellas Francisco I. Madero, las vieron como una opción de alternancia en el poder.

al prójimo y la justicia universal eran lo que el mundo necesitaba para mejorar. Los espíritus me lo dijeron: al inicio de cada siglo, hay una generación de hombres y mujeres que cambian el destino de su patria. Hace cien años fueron ellos quienes hicieron la Independencia, ¿qué haremos ahora? Algo cambiará... lo hará. Tiene que pasar o a México se lo va a llevar la fregada. Los pueblos que duermen ante el abuso del poder de sus gobernantes en realidad están muertos, pero hay formas de volverlos a la vida.

Sara frunció los labios, apenas si distinguía a su esposo entre las sombras, escudriñando el papel.

—¿Sugieres que haya otra guerra civil como la Independencia, Pancho? ¿Para qué? México no la aguantaría, hemos tenido muchas de esas. Y no podríamos soportar que corriera tanta sangre inocente. Luego, ¿cómo encontraríamos la paz?

Francisco sacudió la cabeza y, por primera vez, fijó su mirada en su querida esposa.

—Yo estoy a favor de la paz y siempre lo estaré. Podemos lograr un estado de conciencia mucho más alto para todos, sin derramar sangre, sin que la muerte ronde por nuestro México querido. No, Sara, nunca estaré a favor de una guerra civil ni permitiré que empiece una en México. Así como yo he abierto los ojos a los sentimientos que me señalan los espíritus desencarnados que han encontrado la perfección en otro nivel de la existencia, Porfirio Díaz lo hará también. En cuanto lea mi libro (si no lo ha hecho ya), estoy seguro de que algo se despertará en él. Cambiará como yo lo he hecho. Entenderá que la democracia debe ser

el camino, el pueblo debe salvar a su propia patria. No es tiempo de caudillos como Díaz, sino de mentes nuevas, de ideas de este siglo, no del anterior.

Y era verdad que Sara amaba mucho al hombre que tenía a su lado, porque cada vez que a Francisco se le inflamaba el espíritu, como en ese momento, le daba una ternura increíble. Extendió su mano para tomar la de él y sonreírle con dulzura.

—Tienes demasiada fe en esas ideas tuyas sobre paz universal y sobre el progreso de la humanidad.

Él sacudió la cabeza rápidamente, como siempre lo hacía.

—No, Sara, yo confío en que el pueblo de México ya está cansado de llevar tantas décadas gobernado por los mismos hombres. Yo no menosprecio a la gente, ni a su fuerza, como hacen quienes tienen el poder. Quiero que se den cuenta de que los hombres y mujeres de nuestro país pueden decidir el rumbo que hemos de seguir.

—Sólo con el permiso de don Porfirio —se burló Sara, mas detuvo su risa cuando se dio cuenta de que Francisco la miraba con el ceño fruncido.

—México cambiará a pesar de lo que Porfirio Díaz diga o decida —respondió él, y le echó una mirada a los papeles doblados que se hallaban al otro lado del escritorio. Eran, pues, los periódicos que Francisco había pasado toda la tarde leyendo.

—¿No tienes miedo?

—Continuaré fundando clubes antirreeleccionistas hasta que alguien en el gobierno se dé cuenta de que los mexicanos queremos que las cosas cambien. Algún

día alguien, que no sea Porfirio Díaz, ganará las elecciones.

Sara hizo un movimiento, como si quisiera levantarse de la silla.

—¿Quieres que encienda la luz eléctrica? Quizá desees leer un poco más de esos diarios antes de irte a la cama.

—Te preocupas demasiado por mí, Sara. No necesito leerlos. Todos dicen lo mismo. No dejan de hablar de la próxima reunión entre Porfirio Díaz y William Taft. ¿Cuándo se había visto que el presidente de México y el de Estados Unidos se reunieran? Lo interesante es saber qué se va a conversar en privado. Los norteamericanos no han de estar muy contentos con la falta de democracia en su país vecino. Además, esa luz eléctrica es muy fría, me lastima los ojos y los focos zumban a veces. Prefiero la oscuridad, el silencio de la noche, la soledad... Me gusta estar conmigo.

—Entonces no quiero distraerte más.

Dándose cuenta de su impertinencia, Francisco abrió los ojos muy grandes y tomó las manos de su esposa, presto para disculparse. En esta ocasión fue ella la que sacudió la cabeza.

—No me ofendiste, Pancho. Sé lo que quisiste decir, te conozco bien. Me retiro ahora, no por lo que expresaste, sino porque me encuentro muy cansada, es tarde ya. Pasa de la una de la madrugada y se me cierran los ojos. No estoy acostumbrada a desvelarme y tú seguramente quieres intentar otro contacto con los espíritus, ¿verdad?

Él asintió lentamente.

—Quiero saber qué rumbo tomarán las cosas a partir de ahora. Pablo, o cualquiera de los otros espíritus, me lo dirá. ¿A dónde va México? ¿Qué cambiará en 1910?

Temiendo que su esposo comenzara otro discurso político, Sara se levantó de la silla que tenía junto al escritorio y se aseguró de que la lámpara tuviera suficiente aceite antes de poner las tazas y la jarra en la misma charola.

—No, deja el té. Puedo tener sed en un rato.

—Cómo tú digas —respondió ella, y se apresuró a darle un beso en la frente, mientras él le abrazaba la cintura.

Quedaron así, largo rato, disfrutando cada uno de la compañía del otro. Sara se calló las ganas de pedirle que dejara de una vez toda la política, pues ponía en peligro a toda la familia; y él se guardó los planes que tenía para participar, de alguna u otra forma, en las elecciones presidenciales que se aproximaban.

Se sonrieron tímidamente, como cuando eran novios, y se desearon buenas noches.

Sara abandonó la estancia y salió de la habitación, no sólo con la charola cargada de la jarra y su taza vacía, sino con el corazón temeroso de que los espíritus pondrían en peligro a su querido Francisco. Ella sabía bien que Porfirio Díaz no iba a permitir que nadie lo cuestionara en público o que atentara en contra de su larga presidencia, mucho menos el nieto de un hacendado tan importante como Evaristo Madero.

Fuera de la habitación, mientras recorría el largo pasillo sombrío cubierto de la noche, y el viento frío

hacía bailar las cortinas, Sara se preguntó por primera vez si los espíritus que se comunicaban con Francisco eran reales y la acompañaban en ese momento. Se persignó y se apuró por el pasillo. Al amanecer le escribiría a Gustavo, el hermano de Francisco, para pedirle que lo convenciera de dormir las noches enteras y comer bien. Le preocupaba su salud.

Francisco, mientras tanto, miraba la llama de la lámpara buscando, en vano, que los espíritus se comunicaran con él para darle otro mensaje.

Al cerrar los ojos, los invocó para que acudieran a él, pero al menos por las horas que quedaban de oscuridad, éstos no aparecieron.

2

Anenecuilco

Al mismo tiempo, en un pueblo de Guerrero, Emiliano Zapata abrió una caja de latón.

Hacía poco más de un mes que había sido escogido *calpuleque*⁶ de la Junta por la Defensa de las tierras de Anenecuilco (su lugar de nacimiento) y de los pueblos circundantes, Villa de Ayala y Moyotepec. Para ello, le habían entregado la caja como uno de los objetos más preciados de todos. Abrió la tapa con sumo cuidado y sacó su contenido: hojas y documentos amarillentos por la edad.

El cuarto era pequeño, gris; tenía una ventana sin cortina por la que se colaba el frío otoñal, húmedo, con el ácido olor a tierra mojada. El canto de los grillos se mezclaba con el de los búhos, que aprovechaban la oscuridad para esconderse en las ramas negras de los árboles cercanos.

6 En náhuatl, *calpuleque* significa líder o jefe.

Emiliano levantó la cabeza con un largo suspiro. Una mariposa negra se mantenía junto a la vieja puerta de madera, augurio de mala suerte para quienes creen en los símbolos.

La única fuente de luz era un cirio blanco con una fuerte llama de amarillo claro.

En esa caja, estaban los documentos que certificaban que las tierras que actualmente estaban en posesión de la Hacienda de Hospital eran en realidad de los pobladores de Anenecuilco. Algunos de los papeles estaban escritos en español, otros en náhuatl; los más antiguos databan de los tiempos de la Nueva España, el más viejo fechado en 1603.

Emiliano sintió rabia. Estaba lleno de un odio terrible contra el gobierno de Porfirio Díaz, porque avalaba el robo de tierras en el estado de Guerrero en nombre de una paz forzada y de un progreso material, que sólo podían alcanzar los dueños de las haciendas. Apretó los puños lo más fuerte que pudo, reprimió el deseo de romper cada uno de aquellos documentos, o de echarlos al fuego, pues no servían para nada si no había autoridad que los reconociera, pero no lo hizo. Con mucho cuidado los fue colocando de nuevo en la caja de latón.

Sintió la necesidad de tabaco. Se acarició largamente el bigote y se hizo de un puro largo que llevaba escondido en uno de los bolsillos de su abrigo; lo acercó a la llama mientras que con los labios succionaba un poco. Pronto, los primeros signos de humo y el aroma amargo llenaron el aire.

Como si lo hubieran encerrado en una jaula, comenzó a pasearse por el cuarto. Le temblaban las manos, y el hueco en el estómago (que no era otra cosa que ansiedad, pues había cenado un buen plato de frijoles con pedazos de puerco) se intensificó. Recordó aquella ocasión en la que todos los habitantes del pueblo les pagaron a unos abogados para que fueran a la capital, con aquellos títulos de propiedad, a pedirle al gobierno que los hiciera valer; pero éstos regresaron con las manos vacías y una advertencia para que no volvieran a molestarlos con tal problema como el del robo de tierras.

Enojado, Emiliano volvió a la mesa y pegó en ella con la palma de la mano.

—Y pensar que mi abuelo luchó con Porfirio Díaz cuando se levantó en armas en contra de la reelección de Sebastián Lerdo de Tejada.

El sentimiento que invadió la mente de Emiliano cuando pensaba en Porfirio Díaz era el de una tremenda ingratitud.

Pero si no había otra forma de recuperar las tierras que les habían robado los hacendados, entonces él y los demás hombres de la región tendrían que tomar las armas. Violentamente les habían arrebatado lo que era suyo, y de la misma forma lo habrían de recuperar.

Entre el humo que salía de su boca, maldijo a Porfirio Díaz y deseó que hubiera una forma de mandarlo al carajo, pero se necesitaría más que unos campesinos alzados para quitarlo del poder. ¿Cómo hacerlo? ¿Quién estaría tan loco como para ir en contra del dictador que llevaba más de tres décadas en la silla presidencial?

3

Dos presidentes se reúnen

Cuando Porfirio Díaz descendió de su vagón personal, en la estación de tren de Ciudad Juárez, una banda de guerra entonó el himno nacional mexicano.

Los hombres presentes, desde la primera juventud hasta la tercera edad, iban vestidos de levita a pesar del calor sofocante de aquel día; las mujeres, de largos vestidos sin escote y manga larga, de blanco o negro, se cubrían del sol con pequeñas sombrillas de tela gruesa. Todos aplaudieron ante la vista del viejo presidente que tomaba la mano de su esposa.

—¿Ves, Carmelita? El pueblo me adora. A pesar de todos estos años me aplauden como si fuera mi primera presidencia. Ya verás que en unos meses nadie se acordará de lo que declararé al periodista gringo.

Ella lo miró con lástima, deseaba responderle que ojalá cumpliera con lo que le había dicho al periodista, que de verdad renunciara a su próxima candidatura para que pudieran vivir su matrimonio en paz. En aquellos años de vejez, Carmen sabía que la diferencia

de edad⁷ con su marido se había hecho más evidente en los últimos meses. Porfirio ya no caminaba con la decisión de antes, continuamente sufría de afecciones médicas, era terco con sus amigos más cercanos y dependía del bastón para moverse en privado. Incluso perdía la audición en ocasiones, aunque nunca en tertulias ni en reuniones con los ministros de su Gabinete.

—Como usted diga, Porfirio, ya sabe que yo no me meto en esas cosas —respondió ella, que se había acostumbrado a hablarle de usted desde el día de la boda y a respetarlo en todas sus opiniones.

Porfirio Díaz y Carmen Romero Rubio se mantuvieron quietos, tomados de la mano bajo el toldo verde que habían levantado para ellos. Cuando la banda terminó de tocar el himno nacional, siguieron con la canción “Carmen”, que años antes el compositor Juventino Rosas⁸ le había escrito a modo de homenaje. Como siempre sucedía, se ruborizó y bajó la cabeza, algo de ella misma que siempre le disgustaba.

Al detenerse la música, continuaron los aplausos mientras Porfirio Díaz y su esposa avanzaron por la estación de tren, adornada con banderas de México y Estados Unidos, con fotos de ambos presidentes en algunas de las ventanas. El verde, blanco y rojo se mez-

7 Cuando Porfirio Díaz y Carmen Romero Rubio se casaron el 5 de noviembre de 1881, ella tenía diecisiete años y él cincuenta y uno. La diferencia de edad era de treinta y cuatro años.

8 Juventino Rosas fue un compositor de Guanajuato que alcanzó fama internacional por su vals “Sobre las olas”. Murió a los veintiseis años en 1894. Se le considera uno de los músicos mexicanos más destacados del siglo XIX.

claba con el azul, el blanco y el rojo. Toda la ciudad se encontraba adornada de la misma manera, como iban a descubrir en unos momentos.

Porfirio y Carmelita se subieron a un coche de motor con el techo abierto, en el cual ya los esperaba Enrique Creel, gobernador de Chihuahua, y su animada esposa.

—Se encuentra todo listo, señor presidente. Tal como lo planeamos el señor ministro de Relaciones Exteriores, León de la Barra, y yo para acomodar las disposiciones, tanto del gobierno norteamericano como las nuestras. En dos días, usted hará historia de nuevo.

Una amplia sonrisa de orgullo se dibujó en los labios de Porfirio Díaz, al tiempo que el coche de motor avanzaba por las calles. Los acompañaban los soldados del Estado Mayor para proteger a la pareja presidencial en caso de que cualquier loco intentara atentar contra su vida de nuevo,⁹ y más con esos clubes políticos que se formaban en el país con el tema de la no reelección.

Sin embargo, ese momento era de gloria para Porfirio Díaz, quien continuó recogiendo aplausos y adulaciones, mientras contemplaba los adornos de colores por las calles. Las niñas vestían de blanco, los niños de negro; todos estaban emocionados por ver al señor presidente de la República. Le gritaban por su nombre,

9 En 1897, durante las fiestas por la Independencia de México, un anarquista alcoholizado de nombre Arnulfo Arroyo atentó contra Porfirio Díaz. Fue arrestado y llevado a la Comandancia de Policía donde murió en circunstancias sospechosas.

celebraban su llegada; en algunos casos hasta mostraban su fotografía enmarcada.

En cuanto descendieron del coche y en el vestíbulo del hotel, Enrique Creel continuó con la larga explicación del protocolo, de lo que ocurriría minuto a minuto con respecto a los presentes, pero Porfirio Díaz no pudo evitar un bostezo. Después de todo, el viaje en tren había sido muy largo y el calor de Ciudad Juárez era mucho más intenso que el de la Ciudad de México.

Ante tal muestra de descortesía, Carmen reprendió a su esposo:

—Considere usted que es de mala educación bostezar de esa forma en público y sin taparse la boca. Ante todo, un hombre se debe a los modales que ejerce y acostumbra a aquellos que lo rodean.

Y él, quien era de carácter impulsivo y lleno de fuego, sólo le permitía a su esposa y a sus hijos que lo criticaran de tal forma en público. Cualquier otro funcionario podría perder su trabajo, su posición y hasta su libertad.

—Perdona, Carmelita, es el calor —respondió, asintiendo levemente con la cabeza.

Ella, satisfecha, le devolvió el gesto.

Ante tal escena, Enrique Creel sonrió con ternura, Porfirio Díaz y Carmen Romero Rubio hacían una pareja inusual, pero amorosa.

—Discúlpeme usted, doña Carmelita —explicó Creel—, el error fue mío, debí suponer que estaban cansados después del viaje. Lo mejor será esperar a que descansen un poco, se tomen un pisolabis o un vaso de agua fría de limón. Si me disculpan, me retiraré.

De inmediato, el propietario del hotel llevó a la pareja presidencial al primer piso para mostrarles sus habitaciones¹⁰ y para que sus respectivas criadas les ayudaran a desempacar lo que llevaban en las maletas y los baúles: trajes, vestidos, sombreros, artilugios de moda y un relicario que acompañaba a la devotísima esposa del presidente para que le rezara a la Virgen antes de dormir.

Como era costumbre en los viajes del señor presidente, las comidas y las cenas eran eventos concurridos con políticos y empresarios de la región, en donde el menú solía armarse alrededor de cinco o seis tiempos, con pequeños sorbos de jerez entre ellos para limpiarse el paladar en caso de ser necesario. El postre se servía con pastelería francesa¹¹ y jaletinas¹² de diferentes sabores. El postre se servía con pastelería francesa y jaletinas de diferentes sabores, entre los que nunca faltaba el pistache por ser el favorito del presidente. El maridaje era con vinos blancos y tintos de los viñedos de Burdeos y para el toque final se servía un vino espumoso de la región de Champagne.¹³

10 Porfirio Díaz y Carmen Romero Rubio, como era costumbre en las parejas de la clase media o alta, dormían en cuartos separados. Esto es evidente, por ejemplo, en miembros de la realeza, como Maximiliano y Carlota, que también aplicaban esta norma.

11 La pastelería francesa se volvió común en eventos políticos tras su imposición durante el Segundo Imperio Mexicano (1864-1867) y se adecuó a los ingredientes locales.

12 Hasta bien entrado el siglo XX, a las gelatinas se les llamaba *jaletinas*.

13 Como no existía una legislación pertinente, en esos tiempos se le decía *champaña* a todos los vinos espumosos, aunque no fueran de la región francesa de Champagne.

Lo cierto es que Carmelita rara vez asistía a esos banquetes. Ella, por su lado, acudía a los eventos de las damas de sociedad, a los rosarios, a las lecturas de las novelas de moda (de preferencia que se enfocaran en los grandes reyes y reinas de otrora) y, si se podía, organizaba eventos de caridad para las guarderías que ella mantenía en el país, para que los hijos de las mujeres trabajadoras comieran algo y aprendieran de números y letras mientras sus madres trabajaban.

Era un honor tener a la pareja presidencial en la ciudad, y sobre todo para un evento tan importante e histórico como éste.

El día en el que el encuentro entre los dos presidentes habría de llevarse a cabo, el cielo amaneció nublado, aunque eso no mitigó el calor que se sentía.

—Le irá muy bien, Porfirio —le dijo Carmelita, mientras le sacudía los hombros al traje verde grisáceo de militar y le ajustaba la faja amarilla; le hizo los últimos recortes al bigote y se lo peinó a la usanza francesa. También le aplicó los polvos de arroz en las mejillas para que su rostro se viera más claro para las fotografías de la prensa.

Él le agradeció con una sonrisa y se separaron. El Estado Mayor y toda la comitiva política ya esperaba a Porfirio Díaz.

El punto en el cual habrían de encontrarse sería El Chamizal, ya que se encontraba a la mitad de la distancia entre el Río Grande y el inicio de El Paso. De acuerdo con lo establecido, Porfirio fue el primero en llegar junto con su comitiva. Lo recibió el gobernador de Texas y algunos militares norteamericanos que lo

acompañaban. De nuevo, muchos presentes se encontraron ahí para aplaudir y tratar de ver, aunque fuera por un instante, al señor presidente, mientras gritaban su nombre. Él, sin embargo, no les dedicó sonrisa o mirada alguna. Estaba ahí para seguir los protocolos.

Después de los saludos de rutina a políticos importantes, Porfirio se mantuvo en posición de firmes con el pecho inflado y el rostro en alto. Si no fuera por la carpa que habían dispuesto para esa ocasión, el sol blanco le hubiera quemado el rostro. Tronaron veintíun cañonazos para conmemorar el evento. El grupo de mexicanos subió a los coches de motor dispuestos por el gobierno estadounidense y avanzaron lentamente, mientras una banda de música amenizaba todo el momento con vales europeos. Los cuidaban dos escuadrones de caballería y un regimiento de infantería.

El lugar que habían escogido para el encuentro era la aduana de Ciudad Juárez, de forma que parte del edificio se encontraba en México y la otra en Estados Unidos. Así, ningún presidente abandonaba su respectivo país y podrían reunirse por primera vez sin faltar a la ley.

William Taft era un hombre de cincuenta y dos años (aunque se veía menor), de facciones amables, corpulento, con grandes bigotes rojizos y las mejillas encendidas. Su levita era de una calidad extraordinaria, de estilo norteamericano. Daba la apariencia de ser un Papá Noel. Contrastaba con la imagen de anciano militar con el pecho cubierto de medallas de cobre con listones de todos colores del presidente mexicano.

Muchos de los presentes se sintieron más cómodos en ver a Taft, pero no Porfirio Díaz, ya que lo conocía muy bien. Porfirio no se fiaba de nadie, mucho menos de los norteamericanos y de sus intereses políticos y económicos en México. Con frecuencia les decía a sus amigos: “La mayor desgracia de mi pobre México es vivir junto a Estados Unidos; y la mayor desgracia de Estados Unidos es la de estar junto a México”.¹⁴ Pero, en aquella situación, Díaz tuvo que mostrar su diplomacia. Serio y solemne, bajó del coche de motor para estrechar la mano de su homónimo estadounidense, mientras que las cámaras fotográficas captaban el encuentro.

La cantidad de soldados presentes de ambos países era impresionante, casi no había lugar para que los ciudadanos curiosos contemplaran un momento tan histórico. En cosa de unos días, aquellos retratos darían la vuelta al mundo. Esa primera estancia se decoró para asemejar uno de los cuartos del Palacio de Versalles, pero los cuadros de las paredes representaban a personajes ilustres de ambos países, como George Washington, Benito Juárez o Miguel Hidalgo.

Tras un pequeño banquete que incluía Consomé Regence, rollitos de ternera rellenos de pescado lucio a la Olga, timbales a la Palermitaine y filetes de res a

14 La frase “Pobre México, tan lejos de Dios y tan cerca de los Estados Unidos” atribuida a Porfirio Díaz fue acuñada varios meses después de su muerte. No hay registro alguno de que el presidente mexicano la pronunciara.

la Varin, y Chaud-Freid de pollo a la Estragón,¹⁵ acompañados de vinos generosos que días antes habían llegado al Puerto de Veracruz desde Europa, ambos presidentes pasaron del vestíbulo a una estancia privada en la cual se habría de llevar la reunión. Ahí, sólo estarían ellos con sus respectivos traductores. Sería Creel quien ayudaría a Porfirio a charlar con Taft.

—Señor Díaz —exclamó el presidente de los Estados Unidos, pero su sonrisa amable se había transformado en una seriedad sepulcral—, al fin tenemos la oportunidad de vernos cara a cara.

—Hacía ya mucho rato que tenía ganas de conocerlo, mister Taft —respondió el general Díaz.

Y ciertamente era una visita curiosa aquélla. Dos hombres grandes y anchos, sentados en sillas de madera que parecían tronos, con sus traductores parados a la derecha de cada uno. A sus pies, una alfombra larga traída en los tiempos del emperador Maximiliano. Entre ellos, una mesa cuadrada, en la cual descansaba una jarra de cristal y cuatro vasos.

—Dejemos las formalidades, señor Díaz. Usted y yo sabemos más de lo que entienden esas personas de allá afuera, así que dejémonos de tonterías. A mi país le interesan puntos que quiero resolver hoy y espero que sea capaz de cooperar con nosotros y que comprenda la gravedad de lo que deseo exponer aquí.

15 Siempre, en eventos con ministros internacionales, el régimen porfiriano planeaba un menú de corte francés para mostrar que México era un país civilizado. Era el periodo de la *belle époque*, y París era la capital cultural del mundo. Por lo mismo, el banquete incluía platillos franceses.

—Siendo así, míster Taft, yo también quiero discutir algunos temas con usted, sobre todo de la publicidad que le hacen a mi gobierno.

Al escuchar estas palabras, Taft tensó tanto la quijada, que le tembló el bigote. Porfirio, al darse cuenta de esto, reflexionó: “Estos gringos creen que pueden llegar a cualquier país a pedir algo y los demás tienen que obedecer como si no fuéramos soberanos”.

Sin esperar a que Porfirio tuviera la oportunidad de decir algo más, el presidente Taft se adelantó:

—Señor Díaz, como bien puede suponer, lo que nosotros deseamos es proteger nuestros intereses en México. Podríamos ayudarlo con el tema del petróleo que han descubierto y que aún no han explotado como se debe. Si en lugar de hacer negocios con los ingleses, sobre todo con el tal Pearson, usted se acerca a los empresarios norteamericanos, entonces mi gobierno no tendrá ninguna objeción en dejar de pagar propaganda para hablar de los excesos de su gobierno, de su larga estadía en la presidencia o de la lamentable situación de los campos y las haciendas. ¿No fue usted el que dijo, en la entrevista a James Creelman, que se debía derramar sangre mala para proteger la buena? Eso es lo que yo hago derramando tinta mala para proteger la tinta buena, aquella de la democracia.

—Pues podría preocuparse por la democracia de su país. En México hay elecciones, míster Taft. Es el pueblo mexicano el que me ha mantenido en el poder.

Al escuchar estas palabras, el presidente norteamericano soltó fuertes risotadas.

—Vamos, hay un dicho en su idioma para estos casos: *You can't con a con man*.¹⁶ Estoy de acuerdo con su forma de pensar, la democracia es demasiado importante como para dejarla al azar. El problema es que, siendo nosotros vecinos, ha preferido ver a Europa para buscar quien lo apoye económicamente en su forma de hacer negocios y gobierno. Eso no nos conviene a nadie. Si tan sólo mirara a Estados Unidos, entonces yo sabría cómo devolverle el favor... de otro modo. Estados Unidos buscaría la forma de proteger los intereses que tiene en este país. ¿Me entiende? No lo tome como una amenaza, más bien considere que se trata de un consejo entre amigos.

Porfirio Díaz tuvo que hacer un esfuerzo por no levantarse de ahí y salir de la reunión. Tenía que guardar el protocolo y la imagen de presidente. Al menos eso es lo que diría Carmelita.

—Podría discutirse si su gobierno deja de atacar al mío en los periódicos.

Si bien Porfirio no estaba de acuerdo con la forma en cómo se llevaba el encuentro, nunca consideró que Taft sería tan directo en algunos temas. Pensó que estaría más abierto al diálogo, pero comprendió que no sería así cuando respondió:

—En este momento hay un periodista que recorre los caminos de su país, su nombre es John Kenneth Turner. Según me dicen, escribirá un libro que planea titular *México bárbaro*.¹⁷ El mundo entero debe saber lo

16 "No puedes estafar a un estafador".

17 *México bárbaro* es un compendio de artículos escritos por el periodista norteamericano John Kenneth Turner, publicados en 1909 por

que está sucediendo en México, ¿quién soy yo para detener lo que un periodista inocente desea escribir?

Arqueando las cejas, Porfirio respondió:

—¿Quién soy yo para permitirlo? No me diga que vino hasta la aduana de Ciudad Juárez para contarme algo que pudo escribirme en una carta o un telegrama.

Taft bebió un poco de agua.

—Creí que tendría que escucharlo en persona para que entendiera la gravedad de la situación. Hay una crisis económica en el mundo, el dinero no vale hoy lo mismo que hace treinta años. ¿Por qué ayudar a los empresarios de Europa y Asia cuando América debe ser para los americanos? Somos pueblos hermanos desde hace muchos años.

—Ustedes no se comportaron como hermanos en 1848 cuando México les dio la mitad de su territorio.

Taft echó la cabeza para atrás y rio.

—El pasado, señor Díaz. Eso fue hace tantos años que ni usted ni yo tuvimos decisión en ese asunto. Piénselo bien, entréguele las concesiones de petróleo a los empresarios norteamericanos y termine con las que les entregó a los ingleses de El Águila.¹⁸ Estados Unidos sabrá recompensárselo. América para los americanos... y en ese sentido tengo que pedirle que ya no

separado en *The American Magazine* y en 1910 en formato de libro. En él se narran las condiciones sociales y laborales del campo mexicano y los indígenas yaquis durante los últimos años del gobierno de Porfirio Díaz. Se considera que algunos de los relatos de estos textos son exagerados o inexactos.

18 La Compañía Mexicana de Petróleo El Águila S.A. fue fundada por los ingenieros e inversionistas ingleses en 1908. En su momento representó el 50% del mercado en México. Fue expropiada en 1938.

haya más colonias chinas en México. Confíe en mí, yo sé lo que le digo.

Y todavía, para tentar las aguas un poco más, Porfirio se acomodó en la silla:

—Y suponiendo, sin conceder, que realizo todas esas cosas. ¿Qué estaría dispuesto a hacer su país por el mío?

—Dejaríamos de hacer presión a su gobierno y seguramente llegarían más inversiones. Ganaríamos todos, si lo considera.

—Excepto los empresarios ingleses, franceses, alemanes que han hecho negocio con México, por supuesto.

—Por supuesto —sonrió William Taft de forma que enseñó toda su dentadura amarilla—, pero ¿qué son ellos comparados con nosotros, los americanos?

—Y ustedes creen que pueden venir aquí a mandarnos así nada más, ¿no es cierto? Tendré que pensar muy bien su propuesta, señor Taft, pero tenga por seguro que consideraré qué es lo mejor para los mexicanos y también para los empresarios con los que ya he logrado hacer varias negociaciones.

—América para los americanos le insisto por última vez —concluyó Taft, aguantándose la furia—, deje afuera a los ingleses y a los chinos.

Porfirio no respondió, sólo forzó una sonrisa en medio de una reverencia.

Ambos traductores estaban cansados, estupefactos por la conversación que se había llevado a cabo y temerosos de que la agresión en las palabras de los presidentes creciera, pero olvidaron que, si bien no había respeto entre ellos, al menos existía la diplomacia.

Terminada la reunión, Porfirio Díaz y William Taft salieron de la habitación para tomar un pequeño refrigerio, beber un poco de vino francés y posar para más fotografías. En ellas, Taft lucía alegre, pero Díaz apretaba los labios en franca molestia. Embajadores y ministros de ambos países convivieron por un par de horas hasta que llegó el momento de romper el evento, de tal suerte que los mandatarios fueron escoltados de nuevo hasta sus hoteles, en cada lado de la frontera.

El atardecer encendido hacía que los banderines con las banderas de México y Estados Unidos lucieran, en cierta forma, gloriosos, pero Porfirio tenía un mal sabor de boca de aquella reunión. Cuando se encontró en la habitación con Carmen, le contó lo que había ocurrido.

—Taft no puede verme ni en pintura, Carmelita. Estoy seguro de que va a hacer todo lo posible por golpear a mi gobierno y justo ahora, cuando tenemos elecciones el próximo año.

—¿No hay nada que pueda hacer, Porfirio?

—Esos gringos son terribles, si les das la mano, se llevan la otra, el pie y hasta encuentran la forma de quitarte el cuerpo entero. No están buscando lo mejor para nosotros, sino para ellos. Y tengo la sospecha de que no se metieron tanto con mi gobierno en años anteriores porque tenían algún interés, pero ahora ya se les metió en la cabeza que quieren algo de México y yo no se los voy a dar. Si Taft quiere gritar, patalear y hacer berrinche como niño chiquito, allá él. Ningún presidente tiene que ceder por la presión de otro país.

Más Carmen, conociendo los sentimientos de su esposo, le preguntó calmada:

—Está preocupado, ¿verdad, Porfirio?

—Mucho, no sé de lo que es capaz ese gringo. 1910 va a ser un año muy complicado, los partidarios de Madero van a estar molestando con ese cuento de la democracia y los gringos con su petróleo. Y para colmo, tenemos que lucir nuestras mejores galas con lo que tenemos planeado para las fiestas del centenario.

Carmen lo abrazó con tal fuerza que sintió cómo el corazón de Porfirio, a pesar del traje de general de división, latía con fuerza.

—Todo estará bien para nosotros, estoy segura de que así será.

Y él respondió en un susurro:

—No siempre estaré aquí para levantar el mundo cada vez que se caiga. No siempre tendré la fuerza para mantener este país en paz. Llegará un día en el que...

Carmen lo interrumpió horrorizada, no soportaba que alguien hablara de la muerte en su presencia:

—Pero ese día no será hoy, ni tampoco mañana. Además, va contra las buenas costumbres hablar de esos temas. Ahora tenemos que arreglarnos, porque somos los invitados al convite de esta noche.

Por un largo rato se quedaron abrazados, mientras políticos y empresarios los esperaban en el salón del hotel para cenar con ellos.

Porfirio sintió una punzada de dolor en una de sus muelas, pero prefirió, de momento, callarle este hecho a su esposa.

Mientras tanto, en Estados Unidos, William Taft abordaba un tren que lo llevaría de vuelta a la ciudad de Washington. Su típica sonrisa grande iluminaba su rostro, ya que bajo el brazo tenía la solución a todos sus problemas, un ejemplar del libro político que llevaba el nombre de *La sucesión presidencial en 1910*, escrito por un señor llamado Francisco I. Madero.

Ya iba maquinando ideas interesantes sobre cómo utilizarlo a su favor.